

ciólogos, criminólogos y antropólogos verán utilizado tanto su instrumental conceptual, como las técnicas de investigación propias de sus disciplinas. Mediante él se puede llegar a comprender los comportamientos de la mafia y las situaciones por las que ha atravesado.

El autor, quien después de estudiar Sociología y Psicología en Berlín, Neidelberg y Lexington (Estados Unidos), actualmente es profesor del Instituto de Criminología de la Universidad de Heidelberg, pertenece al grupo de científicos que comienzan a cuestionar el valor práctico de sus respectivas parcelas intelectuales, pensando que su labor no es sólo la de interpretar la sociedad, sino la de transformarla.

Con respecto a su trabajo respecto a la mafia, hay que hacer constar de que por encima de ser una obra científica, no es un simple estudio realizado en un gabinete universitario, sino que también es fruto de "estudios de campo" en la realidad social en la que se ha desarrollado la mafia; o sea, en Sicilia. Prueba de que no es una elucubración de un extranjero que ha sentido atractivo por un fenómeno exótico, está el hecho de que Honner Hess ha obtenido en Iglesias (Cerdeña) una medalla de oro en uno de los premios más importantes de Italia y precisamente en la sección destinada a problemas del Mezzogiorno. Escrita inicialmente en alemán, ya ha sido traducida al italiano, inglés y francés, lo que da una idea de su éxito. ■ JUAN MAESTRE ALFONSO

Comedia repugnante de una madre

Cuando hace algunos años, en el marco de uno de los Festivales Internacionales de Madrid, se presentó una obra de Stanislaw Witkiewicz, la reacción general fue de sorpresa. Allí teníamos un dramaturgo que había muerto —en realidad se suicidó a comienzos de la última guerra mundial— bastante antes de ponerse en juego la última "vanguardia", es decir, el teatro de los Beckett o Ionesco, y que, sin embargo, adelantaba y sobrepasaba muchos de los elementos que conformaron este movimiento.

No es cosa en estas líneas de hablar de esa vanguardia, de su manejo convencional, ni de las

diferencias, a veces claras, que separan a autores incluidos en la misma. Aquí sólo queremos decir que esa conciencia del "absurdo", prácticamente inevitable cuando el hombre se encuentra estrictamente referido al mundo metafísico —y la religión no acude para echarle una mano—, aparece ya expresada, con ferocidad y amargura inigualables, en obras como ésta, "Comedia repugnante de una madre" que, en versión de Juan Caño y Miguel Narros, ha publicado la editorial Fundamentos. Innecesario volver a estas alturas sobre la "interpretación social" de este teatro. Desde una perspectiva "progresista" suelen oponerse dos argumentaciones, cada una con sus propias razones. Una argumentación condenaría decididamente esa imagen empavorecida del hombre, aterrado por el sin sentido metafísico de su existencia. El suicidio real de Witkiewicz, por su coherencia con el planteamiento del problema, revelaría hasta qué punto se trata de un camino asocial y enfermizo. Para una segunda posición, la angustia existencial de Witkiewicz, su patético enfrentamiento con la metafísica, sería un valioso testimonio histórico, el docu-

mento poético y el sincero de una agonía cultural. Serán unos determinados valores sociales los que, a través de la agonía de Witkiewicz, de su "suicidio consecuente", revelarían su propia agonía, en tanto no hacían sino radicalizar la incoherencia entre el escritor y su mundo circundante, entre su indagación metafísica y el medio concreto a que le sometía la Historia. Las relaciones humanas —reguladas a través de ciertas instituciones, entre las cuales la familia, que sería el tema inmediato de "La madre", ocupa un importante lugar— adquirirían un perfil irracional y grotesco, precisamente por someterse a ciertos esquemas que se interferían en la autoindagación de los personajes. Algo así como si la cultura gravitara sobre ellos al modo de una herencia opresiva, que falsea, destruye, histrioniza, su posible desarrollo.

Sin entrar en el análisis de estas posiciones —la primera consideraría "reaccionario" al llamado "teatro del absurdo", por no afrontar las posibles razones sociales de la angustia; la segunda, en cambio, le daría el valor progresivo de un documento revelador—, ni en la posible ingenuidad de su sociologismo, lo cierto es que una obra como la de Witkiewicz descubre, por comparación, la trivialidad última de tanto drama —bien o mal escrito— reducido a la exposición de una anécdota, a través de personajes de los que sólo importa su relación psicológica con los acontecimientos. En "La madre" —título generalmente empleado para hablar de esta obra—, por el contrario, el conflicto se plantea en términos tan extremos, tan inaceptables como material fotográfico, tan convincentes como realidad escondida, que los personajes se ven liberados del peso y la protección de la anécdota, arrastrados a afrontar, en la más radical de las soledades, las preguntas metafísicas.

En el fondo, una obra como "La madre", leída desde la perspectiva histórica de nuestros días, quizá revela claramente la tragedia de una cultura que no ha logrado armonizar los intereses individuales y los intereses sociales, la metafísica y la política. Si tanto teatro parece hoy superficial por ceñir la contemplación del hombre a su función "argumental" —y al escribir esto pienso también en ciertos dramas que, en aras de su "intención política", se limitan a explicar las razones socioeconómicas de los comportamientos—, en el

lado opuesto, todo este teatro alzado en la soledad desesperada, no deja de ser una imagen del hombre igualmente mutilada.

En un agudo juicio sobre su compatriota, Gombrowicz escribía: Impotente frente a la insensatez del mundo, desesperado, lleva consigo el absurdo hasta el punto de convertirse él mismo en un absurdo. Esta será su venganza, su protesta de hombre. Al final, otra monstruosidad: la de la metafísica. Llegar al "escalofrío metafísico", que nos arranca de lo cotidiano, colocando a la naturaleza humana en contacto inmediato con su insondable misterio. Por otra parte, esta metafísica no eleva al hombre; al contrario, lo desfigura. El hombre Witkiewicz tiene algo de ser "fantástico" por su deformada y convulsa capacidad de excitarse frente al abismo de su persona".

El trance último de todo este teatro ubuesco sería, pues, evidente: cambiar la trivialidad o la "insensatez del mundo" por ese vivir agónico, que equipara la lucidez al cinismo radical o al suicidio. ¿Estaremos ya, como occidentales, incapacitados para sustituir lo falso por lo real, para descubrir nuevas relaciones entre lo físico y lo metafísico, sin que ello sea tomado por una traición a todas nuestras religiones? De ser así, y pienso en hombres como Artaud, ¿no tendrían razón quienes declaran que, en el cuadro de valores de nuestra civilización, "ya nada es posible"? ■ JOSE MONLEON.



ARTE

"Compostela", un escultor en busca de su pasado

Setenta y ocho años cumplirá ahora el escultor Francisco Vázquez Díaz, sin relación familiar con Daniel Vázquez Díaz, pero sí con coincidencia generacional. Por eso se buscaría el seudónimo, que serviría a la vez para recordar su origen. Casi la mitad de esos años los ha pasado